

sellón amagaba don Jaime; en Bugía aprestaba el africano armadas contra Mallorca, y Pedro IV andaba desasosegado y confuso en pos de algún remedio á estos males. Decidióse á cerrar las Cortes; mas como eran tan celosos de su libertad los aragoneses, no quiso dar este arriesgado paso sin haberles antes satisfecho en todas sus quejas y acudido á todas sus demandas. En el monasterio de frailes predicadores, veinticuatro de Octubre de mil trescientos cuarenta y siete, se celebró el solio ó la despedida. Conflrió la investidura de gobernador del reino á su hermano don Jaime; anuló el juramento prestado á su hija; remitió al Justicia muchas causas pendientes; satisfizo todas las peticiones; dió la razón que le movía á cerrar las Cortes, y aseguró solemnemente que volvería lo más pronto que le fuese posible á convocar y reunir Cortes en Zaragoza, declarando que por la prorrogación hecha de las Cortes no pudiese nunca seguir daño alguno á los fueros, leyes y libertades aragonesas; y confirmado así, separáronse los diputados. Así que el rey se vió libre de las Cortes, respiró; había visto cuán imposible era traer á la razón á los de la Unión por medio de la ley, y se decidió á vencerlos por medio de la fuerza. Hechas ya todas las concesiones posibles, devolviéronle los caballeros de los rehenes, que recibió con gran placer como muy amigos suyos, y además porque los necesitaba en aquella extraordinaria contienda. Hecho esto, no se detuvo un punto, y se apercibió á dejar á Zaragoza, ciudad donde había apurado toda suerte de amarguras, donde había visto el escarnio de sus enemigos; ciudad que le abrumaba como al infeliz cautivo su negro calabozo. Dijo su determinación á los consejeros nombrados por las Cortes, y les requirió para que le acompañasen; mas ellos, conociendo al rey, se excusaron por temor de que les mandara ahorcar cuando los tuviera en Cataluña. Salió don Pedro de la ciudad con tal precipitación, que muchos nobles apenas tuvieron de su salida noticia, y á los que le acompañaban miró con desabrimiento, y al llegar á la barca del Gállego, por no permanecer en su compañía más tiempo, se fué á pie, sin esperar á que le pasaran una cabalgadura, y cuando se vió solo con sus amigos, se dilató su pecho oprimido, y juró, invocando al cielo, lavar en la Historia el recuerdo de aquellos días con sangre de los rebeldes.

Durmió el rey en Pina, donde recibió el juramento de muchos nuevos parciales, que le había allegado el ricohombre don Pedro de Luna; y después de haber concertado algunas medidas para atajar la Unión, prosiguió su camino hacia Cataluña, sin darse punto de reposo. Al otro día, cuando vió destacarse entre las brumas del horizonte á Fraga, cuando consideró que iba á pisar tierra catalana, hermoso refugio de la paz en medio de aquel asolador torbellino de tormentas, «Bendita seas, exclamó, tierra poblada de leales, bendita seas de Dios nuestro Señor, que nos ha permitido salir libres de esa tierra traidora y rebelde, de Aragón. Mas como hay Dios que me las han de pagar bien caramente.» Luego que hubo llegado á Lérida, pensó en tener allí las Cortes de Cataluña, para congraciarse

con aquel país, y si remitió su pensamiento á más tarde, fué por temor de que el infante don Jaime, rico heredero en aquella ciudad, le armase alguna celada. En este punto se ve la mano de don Bernardo de Cabrera. Manda al rey que confíe en su tío don Pedro, hace ver á los catalanes de qué suerte habían sido tratados sus prohombres en las Cortes de Zaragoza, y previene que se estudie el remedio en aquellas rebeliones. Del fondo de estos estudios veremos salir primero la solución de la fuerza, después la solución del derecho; luego cómo se extiende la libertad civil, cómo se merma la diferencia de condiciones, cómo se organizan los tribunales, y cómo, con los restos de las armas de la Unión, se forja una espada inflexible por el Justicia, especie de serafín que guarda sigilosamente las libertades aragonesas. Alabemos este país, que no mata una libertad sino para hacer que de sus cenizas renazca otra más brillante, y más nueva, y más gloriosa. En Lérida mismo asedió al rey con nuevas pretensiones el infante don Jaime. El resistió y dijo, que después de celebrar Cortes en Barcelona y de verificar su nueva boda con la infanta doña Leonor de Portugal, iría á Valencia á entender en el asunto de la Unión de aquella ciudad que tomaba muy mal semblante. Encaminóse el infante también á Barcelona, pero antes de llegar le asaltó súbita enfermedad. El rey cuenta que había muchos festejos dispuestos, que rogó al infante mirase un hombre que corría por una delgada cuerda, corrida de una á otra ventana de Barcelona, y que el infante dolorido nada pudo ver, aumentándose su mal de suerte que expiró al llegar á su posada. Zurita en sus *Anales* y Pedro Thomich en su *Historia de Cataluña*, achacan al rey la muerte de don Jaime. Pero muerto su jefe, ¿había desaparecido la Unión? Muerto el infante don Jaime, parecía decapitada la Unión. Esto indudablemente hubiera sucedido en un pueblo de peor condición que el aragonés, en uno de esos pueblos nacidos para esclavos, que guardan todo su entusiasmo para las personas, y nada reservan para las ideas. Aragón, pueblo libre, de condición brava, amante de sus fueros hasta el delirio, conocedor de las instituciones en que estribaba su fuerza, moviéndose alentado por una idea, nada perdía por la muerte de un hombre, mientras quedase la ley escrita en los códigos y el sentimiento de libertad impreso en los corazones. Faltaba el infante don Jaime, y la ley ocurría en esta falta, personificándose en su hermano menor el infante don Fernando. La sucesión de éste, lejos de mitigar los temores de don Pedro, los acrecentaba, pues sobrino del rey de Castilla, muy querido en su corte, contaba, no sólo con el auxilio de las alteradas pasiones de Aragón, sino con el refuerzo de las terribles tropas castellanas. Mandó el rey al ricohombre Heredia á la corte de Castilla á conjurar la tempestad que amagaba, dándole cartas para el rey, para el infante, para la reina y aun para la favorita doña Leonor de Guzmán, que tenía en sus manos el corazón de Alonso XI. Y como arreciase el peligro de Pedro IV, encargó á su embajador que por todos los medios posibles tratase de mover el ánimo del infante don Fernando, heredero de la corona á seguir su bandera, prometiéndole la confirmación de sus derechos y el gobier-

no del reino de Valencia. Mas como el natural de don Pedro era tan malvado, como rayaba tan alto su astucia, como nunca decía verdad ni abrigaba recta intención, don Fernando, que desde luego conocía la ira de su hermano, se excusó de atender sus reflexiones y seguir sus consejos, con lo cual atizaba el fuego de la discordia que envolvía en negro humo los reinos de Valencia y Aragón. Era tal y tanta la tristeza del rey, que efectuó su enlace con la princesa de Portugal doña Leonor, sin pompa alguna, como quien tiene obscurecida el alma, oprimido el corazón. Y en verdad, el semblante de la rebelión era terrible; ya no se contentaba con hacer humildes peticiones al rey, con pronunciar discursos en las Cortes, con arrojar al viento amenazas, no; en Valencia había saqueado las casas de los adictos al monarca, había reunido bajo su bandera grandes huestes, había atropellado cuantos obstáculos le estorbaban, había roto y deshecho delante de Játiva en dos encuentros las tropas reales sacrificando granados capitanes y extendiendo por los campos donde la lealtad echara profundas raíces, las horribles plagas del incendio y la tala, como si quisiera castigar hasta la misma tierra.

La grandeza del mal sólo se puede calcular advirtiendo el esfuerzo que necesitó hacer don Pedro para dirigir una embajada á los ricoshombres de Aragón, mas como vasallo que como señor, pidiéndoles auxilio, rogándoles que no siguieran á los valencianos, pues habían osado rasgar su pendón y asestar flechas al escudo de su rey. Oyéronle los Lunas y otros, ya no sólo inclinados, sino rendidos por su causa; pero, no así la mayor parte de los altivos ricoshombres, que, alentados por las victorias de los valencianos, dieron el grito de guerra y desplegaron la bandera de la Unión, símbolo y enseña de la lucha, en la torre del templo del Pilar, jurando secorrer á los que por su causa combatían en Valencia, para que domeñasen las ciudades realistas, como Teruel, y venciesen á los ricoshombres que habían levantado pendón por el rey, como don Pedro de Jérica. Y, en efecto; los de Valencia salieron en gran número de la ciudad, cerraron con don Pedro de Jérica, que estaba en Bótera, y rompieron otra vez sus huestes, dispersándolas por aquellos campos, que se empaparon en española sangre. Y así, el mal crecía y se aumentaba el peligro, y las ciudades adictas á don Pedro caían á las plantas de la Unión, y el infante don Fernando mandaba tropas castellanas á sostener la rebelión con acuerdo de Alonso XI, y la reina viuda, que siempre odiara á don Pedro, bendecía aquella ocasión de venganza que le deparaba el cielo, y los moros que aún quedaban en Valencia establecidos después de la conquista, patrocinados por el rey de Granada, sentían como anhelo de levantar sobre tantos escombros su poder; y todo era guerra, incendio, escándalos, confusión, como si Dios hubiera condenado hermosas comarcas á ser presa de horrorosa y perdurable anarquía. El rey don Pedro, que estaba en Cataluña, se decidió á partirse de allí para calmar con su presencia el reino valenciano; llegó con su esposa á Murviedro, se aposentó en aquella incierta y conmovida ciudad, reparó sus muros, llenó de agua sus algibes y se aperció á sostener la

guerra por su autoridad. Mientras tanto, las tropas enviadas de Aragón en socorro de Valencia, tropas formidables mandadas por los Urreas y los Lunas parecía que iban á decidir la contienda, cuando el ricohombre don Lope de Luna se arrancó las máscara, desoyó los mandatos de la Unión, levantó bandera aparte y se hizo fuerte, desmembrando y dividiendo así aquel ejército, en el cual quedaron á las órdenes de Urrea compañías adictas á la Unión. El infante don Fernando llega, por fin, á Valencia con gente de Castilla; las tropas aragonesas, fieles á la Unión, se unen á él; los valencianos lo reciben como el iris de sus esperanzas, como el símbolo de sus aspiraciones; y, mientras esto sucedía en el campo de la Unión, el rey se hallaba abandonado de sus tropas en Murviedro, entre una población tornadiza, que comenzaba á murmurar de él, obligado á separarse de los señores de su Consejo, que eran blanco de las iras populares, y tan oprimido por adversos casos, que se arrastraba á las plantas de su madrastra doña Leonor, en repetidos mensajes, pidiéndole paz y concordia, bien que aguzando en sigiloso silencio el puñal de su venganza. Examinó, decidido á preparar su victoria, las fuerzas con que contaba, y vió que toda su esperanza consistía en que don Lope de Luna ganase con el auxilio del tiempo, gente y refuerzos. El solo nada podía hacer en Murviedro. Así, convino en que el infante don Fernando fuese declarado sucesor á la corona de Aragón, en que tomara para sí el gobierno de todos los reinos, en confirmar la odiada Unión y todos sus privilegios, en arrojar para siempre del Consejo á sus más fieles servidores, como don Pedro de Jérica y don Bernardo de Cabrera, en conceder á Valencia un justicia particular, custodio fiel de sus libertades, en una palabra, en darse atado de pies y manos á merced del viento de aquella alteración, y de la voluntad de sus enemigos. Mas, ¿qué restaba á la autoridad real? Su corona estaba en el lodo, y la Unión en el trono. Su voluntad había sido eclipsada, su derecho burlado, su autoridad escupida y abofeteada; no había rey; no había más que un esclavo á las plantas de la Unión, y que, para mayor ignominia, llevaba una corona en la frente. Sus fieles realistas no podían sufrir aquella afrenta, no podían tolerar tanta vergüenza para la autoridad real, lumbrera que iba á ser el sol en los horizontes de los venideros tiempos. Don Bernardo de Cabrera y don Pedro de Jérica mandaban, una tras otra, embajadas al rey; le movían sigilosamente á que rompiera sus cadenas y abandonara su triste cautiverio de Murviedro; pintábanle el amor, la decisión que aún restaba en sus corazones y la fuerza que podía prestar con su arrojo á todos los leales, y le forzaban á burlar á la Unión, arrebatándole su presa, lo cual conseguía huyendo á todo huir á resguardar su derecho en el seno de sus fieles campamentos. Preparó el rey en silencio su fuga y la de su esposa; avisó algunos leales para que se apostasen con gente fiel en el camino, y se decidió á dejar á los de Murviedro cuando la noche extendiese su sombra y protegiera su fuga. Si las ideas, á pesar de sus varias manifestaciones y de su diferente desarrollo en el tiempo, son idénticas siempre á sí mismas, en este amargo trance que pasa la idea ab-

solita de los reyes en su cuna, se ve reflejarse, como en profecía, aquel otro más triste y más amargo trance que pasó cuando, agotada toda su vitalidad antigua y cumplido su gran destino, iba á bajar esa misma idea al sepulcro. El proyecto de partida del rey no iba tan oculto que no lo échasen de ver algunos caballeros de su casa; los cuales, para congraciarse con los rebeldes, lo denunciaron á los jurados de la ciudad. Seberse esto y armarse un terrible y nunca visto alboroto fué todo obra de un momento. La voz de alarma sonó por todo el pueblo; las campanas tocando á rebato inundaban de pasiones ardientes los aires.

El Ayuntamiento corría al gabinete del rey á cerciorarse de su presencia; los caballeros de la real casa se veían unos presos, maltratados otros; las puertas de la población se cierran, y los altos muros, por don Pedro reparados, sirvenle de más segura cárcel, la gente popular, en número inmenso, increpada, prorrumpiendo amenazas, dicitos é insultos, sonando las armas, apercebidas á la matanza, cercan las habitaciones del rey, y todos deciden reducirle á condición de preso, sacarle de Murviedro y entregarle maniatado á los rebeldes para que en Valencia guarden con más seguridad al mal resignado cautivo. Esta nueva ignominia le tocaba apurar al que ponía sobre todo su autoridad, al que estimaba inapreciable su poder. Sacáronle fuera de Murviedro en compañía de la reina; condujéronle escoltado por todo el pueblo camino de Valencia, y al llegar á un lugar que se llamaba Puch, lo entregaron en manos de los jurados de la ciudad, declarando en voz alta que ellos quedaban ya salvos y libres de responder por aquel peligrosísimo depósito. La entrada en Valencia, lejos de ser la entrada de un cautivo amarrado al carro de sus enemigos, fué de un triunfador en apariencias; ¡ah! pero de un vencido en realidad. Aquel júbilo, las demostraciones de contento, el acorde sonido de la música, el esplendor de los festejos no servían más que para dorar los hierros de las pesadas cadenas que arrastraba don Pedro de Aragón. En el fondo de aquel cuadro se destacaba una figura, que era al mismo tiempo una humillación y un remordimiento para el rey: su madrastra, que iba á gozarse en ver las aflicciones del que tantas amarguras le había procurado en los primeros días de su viudez. Aposentado en el Real, don Pedro se vió cercado de fieles servidores á cuya cabeza estaba el buen almirante Moncada, los cuales juraron que serían siempre adictos al monarca, y que, si acaso alguna vez prestaban á la Unión juramento, lo harían más con los labios que con la conciencia; porque hay épocas tan tristes, que el miedo, como la noche, cae tenebrosamente sobre todos los ánimos. Así, la perfidia y el dolo iban minando y corrompiendo el carácter de la nobleza. Continuaban las fiestas, cuando un triste accidente vino á interrumpirlas. En las hermosas riberas de Guadalaviar, cuyas aguas se deslizan entre un lecho de flores, bajo el claro cielo que resplandece como inundado de eterna alegría entre el follaje de aquellos campos eternamente verdes, al resplandor de aquel sol que brillaba como el primer rayo de luz que en el primer día de la Crea-

ción atravesó los espacios, delante de la encantada mansión del rey, ceñida por la bella naturaleza como un nido de palomas, sucedíanse incesantemente los bailes y las danzas, que en nada alegraban aquella alma real, oscurecida por un inmenso dolor, amargada por la hiel de sus humillaciones. Pues bien; un domingo en que las fiestas menudeaban y los bailes se extendían formando mil varios alegres corros por todas las praderas cercanas al Real, un criado de don Pedro, de suyo imprudente, y dolorido de ver que aquellos bailes y aquellas fiestas no eran sino insultos prodigados por el carcelero á su víctima, prorrumpió metiéndose entre unas parejas, primero en descorteses palabras, en amargos improperios después, desbaratando el baile y atrayendo sobre su frente el odio de aquella multitud que se veía apellidada traidora. «¡No, no alegráis, decía el cuitado, con esos bailes al rey; antes le humilláis y tenéis poco menos que en cadenas!» Los del baile que tal oyeron, desenvainaron airados las espadas, prorrumpieron en gritos de exaltada ira y cerraron con el infeliz, quien hubiera sido su víctima, si un francés llamado Mur no se interpone y lo salva. Pero, al salvarlo, tuvo necesidad de manejar una maza, con la cual hirió á uno de aquellos hombres. Esto sólo faltaba para que se encendieran los ánimos. Los gritos de «traidores, infames, asesinos de la Unión», se oían por todas partes como otras tantas amenazas de muerte. Las espadas, heridas por los rayos del sol, relucían como serpientes hambrientas. Las mujeres y niños corrían en todas direcciones, y con sus lágrimas y quejidos aumentaban el general espanto. Las mil campanas de Valencia arrojando torrentes de alarma desde lo alto de sus torres, parecían como una gran fragua donde se forjaba el rayo de la guerra. Las puertas de la ciudad no eran bastantes á dar paso á la inmensa multitud, que, atraída por el estruendo, iba inundando alterada y rabiosa las cercanías del Real. Bien pronto el palacio, respetado antes como un santuario, se vió amenazado por las olas de aquella inmensa muchedumbre ansiosa de venganza. Las puertas cayeron á su empuje, todos los obstáculos rodaron vencidos por su ardor guerrero; aquel pueblo agitado por mil pasiones, respirando gozoso la atmósfera de la gran tempestad moral que con su electricidad embriaga y enloquece, despidiendo rayos de ira de sus encendidos ojos, gritos de rabia de sus alterados pechos, entró en las habitaciones rompiéndolo todo, destrozándolo, corriendo locamente por aquellas doradas estancias, cerradas antes á su respeto, abiertas ahora á su furor, buscando hasta en las camas de sus señores víctimas que sacrificar en aras de sus antiguas libertades.

La reina recién venida de extraño país, se hallaba amedrentada y dolorida en el fondo de una estancia, reteniendo al rey, que anhelaba cortar el paso con su espada ó con su cuerpo, á la aterradora muchedumbre. Y al fin salió don Pedro á lo alto de la escalera, ceñida la espada: hubo un instante en que el fragor de aquella tempestad le aterró, pero bien pronto se repuso, y de pie con una maza en la mano como clava de su poder, bajó arrojadamente llamando traidores á los que osaban mancillar la vivienda de su rey. Los